

AMARANDA



QUÉ FUE DE NOSOTROS



Amaranda

Qué fue de
nosotros

Primera edición: mayo de 2025

© Copyright de la obra: Amaranda

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-990030-8-6

Código ISBN digital: 979-13-990030-9-3

Depósito legal: B 7244-2025

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortuneditons.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

«La vida es como andar en bicicleta. Para
mantener el equilibrio, debes seguir
moviéndote».
Albert Einstein

Y yo añadiría que, si dejas de hacerlo,
¡puedes caerte!
Mejor sigue moviéndote y prueba cosas
nuevas en la vida para mantener ese
equilibrio.

Prólogo

Hay historias que se desmoronan lentamente, como un castillo de arena que el viento y las olas borran hasta dejarlo irreconocible. La de Daniel y Violeta es una de esas historias. Fue amor, fue caos, fue todo lo que ambos soñaron... y lo que nunca imaginaron temer. Ahora, entre los restos de lo que construyeron juntos, intentan desenterrar lo que aún podría salvarse, si es que queda algo.

Daniel, bajo su máscara de ingenio y carisma, es un hombre que se debate entre el héroe que otros ven y el cobarde que sabe que es. Su vida está llena de éxitos que no le pertenecen del todo y de errores que no logra perdonarse. Un accidente que cambió su vida. Un amor adolescente que le devolvió las ganas de vivir. Pero ahora, frente al espejo, no está seguro de quién es realmente ni de si le queda tiempo para averiguarlo.

Violeta, por su parte, lleva una sonrisa que siempre ha sido su mejor escudo. Trabajadora, optimista y obstinadamente leal, aprendió a mantenerse firme en los momentos más oscuros. Pero hay cosas que ni el esfuerzo ni el amor pueden salvar. Ahora, con su mundo tambaleándose, se pregunta si alguna vez supo quién era realmente, si se conoció a sí misma. Y si lo que encuentra en su reflejo será suficiente para empezar de nuevo.

Sus caminos se cruzaron dos veces. La primera fue el destino. La segunda, una elección. Esta tercera vez, tal vez sea una prueba. De lo que fueron. De lo que son. De si aún hay un «nosotros».

Porque hay amores que construyen fortalezas y otros que las destruyen. El de ellos hizo ambas cosas. Ahora, solo queda preguntarse: ¿qué quedará después del huracán?

Quince años después...

«Se enamoraron, fueron felices y comieron perdices».

(Fin del cuento)

Capítulo 1

Daniel

Fue lo que me gritó anoche, antes de salir de la habitación de un portazo:

—El final del cuento.

Las historias de amor con finales felices, de esas en las que dos personas se conocen, se enamoran, viven felices y comen perdices durante cincuenta años o más, yo creía que existían de verdad.

Nadie te cuenta que los que se enamoran crecerán, serán mayores, uno de los dos morirá y el otro irá detrás, porque no podrá soportarlo.

Este final tampoco parece tan idílico, y no es que pretenda matar a nadie, pero lo cierto es que nunca imaginé que nosotros no acabaríamos juntos para siempre.

El trote de los niños y el repiqueteo de los tacones en las escaleras me alertan de que vamos justos de tiempo, como cada mañana. De la mesa de nuestra espaciosa cocina, la jarra de café desprende un intenso olor, cuando la coloco junto a la leche, los cereales y la fruta antes de que se sienten.

Le paso los cereales a mi hija.

—Sofía, ¿qué tal ayer? ¿No tenías un examen?

—Bien, papá, bien... Cinco palabras: «Fue-lo-mejor-del-día» —remarca con tres dedos encogidos en el aire, como un director de orquesta.

—Ah... ¿y lo peor?

—Una palabra: «Salazar» —la miro y levanto una ceja, esperando más explicación.

—Que Salazar no para de escribirme notas y meterlas en mi mochila.

—¿Quién es Salazar?

—¡Jorge Salazar, Daniel! —me señala Violeta, mordiendo el plátano—. Conocemos a sus padres, ¡el hijo del dentista!

—Ah, ese Salazar. ¿Y eso no te gusta, Sofia?

—No, no me gusta.

—¡Pero tú a él sí! ¡Mucho! —se ríe Borja a su lado.

—¡Tú cállate, tonto! —le da un codazo a su hermano y cambia rápidamente de tema—. ¿Quién vendrá a recogerme a la clase de danza, mamá?

—Te recojo yo. Hoy no tengo clases, y tu padre irá a por Borja al entrenamiento, cuando salga del hospital.

Violeta, pensativa, pierde la mirada en el ventanal que da al jardín; no ha podido disimular del todo las ojeras con el maquillaje. Yo tampoco he pegado ojo. Lo de anoche no tenía que haber pasado.

Los niños recogen sus tazas al terminar y dan un beso a su madre y otro a mí antes de alejarse hacia la puerta con las mochilas al hombro. Contemplo a mis hijos, dos buenos chicos que hasta ahora no han dado problemas, más allá de lo habitual para su edad.

Mi preciosa mujer, Violeta, ha conseguido que todo funcione desde el primer día, como si fuera fácil encajar engranajes de horarios, trabajos y obligaciones en la vida de todos. Veo lo que nos rodea con detenimiento: nuestra cocina, el olor a café del desayuno, el jardín a través del ventanal, como si fuera la primera vez que reparo en ello.

Tengo una familia perfecta. ¡Por Dios!, ¿cómo se ha podido ir todo a la mierda?

Violeta se acerca para susurrarme al oído:

—Los niños tienen que vernos salir y entrar juntos, Daniel, da lo mismo lo que hagamos o dónde te quedes a dormir. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, claro, será lo mejor —me levanto evitando mirarla—. Me voy, nos vemos en la cena.

Salgo por la puerta principal, que da al paseo marítimo. Últimamente necesito mirar hacia donde se funden el cielo y el mar, y respirar hondo por las mañanas para poder encarar el día.

Encuentro a Sofia sentada en las escaleras del porche, concentrada en su mochila.

—¿Qué has perdido, hija? ¿Te ayudo? ¿Y tu hermano? —no contesta. Miro hacia el paseo y lo veo corriendo con el monopatín. Me siento a su lado, observándola, y sonrío. Lo que busca seguro que es «supermegaimportante» para no prestarme atención.

—¡Uy, qué susto! Aquí está —levanta una pulserita de cuentas blancas y rosas—. Hoy es el cumple de Mireia y pensaba que la había perdido. Se la he hecho yo, ¿te gusta?

—Es muy bonita, seguro que le encanta —acierto a ver, en su sonrisa, la cara de tonto que se me queda cuando la miro, imaginando la preciosa chica en la que se convertirá mi hija en poco tiempo.

—¿Papá? ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —rodeo su espalda y la acerco a mí, besándola en la frente.

—Mira, ¿ves ese árbol? —señalo uno de los tres que hay en el jardín frente a la entrada—. Ahí arriba, subido en una escalera, casi beso a una chica que me gustaba mucho, cuando era un poco mayor que tú.

Me mira sorprendida y se ríe.

—¿Y por qué no la besaste?

—Porque le hice una broma sobre su culo y se cabreó.

Suelta una carcajada.

—¡Pero, papá! Eres único, no me extraña —sigue riendo y me hace sonreír también.

—Ese Salazar te llena la mochila de notitas, porque no tiene ni idea de cómo acercarse a las chicas. Seguro que, cuando lo intente, será para bromear sobre tu culo o tus tetas.

Mi hija se carcajea.

—¡Papá!

Nos reímos los dos, cuando le digo que se apiade de él.

—Los chicos son bastante idiotas cuando les gusta una chica. Pero si me entero de que te pone las manos encima, se las corto.

—¡Papá! —se sonroja y, colgándose de mi cuello, me da un beso de esos ruidosos que resuenan y hacen ventosa—. Te quiero, papá.

—Yo también te quiero. Anda, lárgate, que vas a llegar tarde —la levanto conmigo y caminamos cogidos por la cintura hacia la verja del jardín.

—¿Y qué hacíais subidos al árbol?

—Preparar una fiesta. Ella se empeñó en que el jardín pareciera «Times Square en Navidad», llenándolo de banderines de colores y ristras de bombillas colgando por todas partes. Me tuvo trabajando toda la mañana —me quejé—, pero quedó precioso al encenderlo por la noche.

Me da otro beso cuando salimos al paseo, y me pregunta caminando de espaldas:

—¿Quién era esa chica?

Le sonrío.

—Tu madre.

Suelta una carcajada.

—¡Ella organizando, y tú mirándole el culo! —vuelve a reír. Me contagia y se va corriendo.

Cruzo la calle y el paseo para verla. Me siento un momento en el muro que separa el paseo de la playa, frente a la casa. Levanto la vista hacia la atalaya y las tejas de colores. La cerámica verde y naranja de los tejados ondulados la hacen única.

¡Tenemos suerte! Vivimos en una preciosa casa modernista frente al mar. Violeta ha estado enamorada de esta casa desde niña, y ahora creo que los dos estamos más a gusto fuera de ella que dentro.

«Fue el regalo que me hizo mi madre en mi trigésimo cumpleaños. Era parte de su herencia y me la cedió cuando volví de Los Ángeles, para que hiciera lo que quisiera con ella. Era nuestra casa de veraneo desde que nací; aquí nos juntábamos abuelos, tíos y primos en vacaciones. Los momentos importantes de mi vida todos tienen que ver con esta casa.

El último recuerdo de esos veranos es de una semana después de mi decimonoveno cumpleaños. Éramos voluntarios en la organización y los controles de una carrera ciclista. A las seis de la mañana, esperaba sentado en la moto a que mi hermano Borja se pusiera el casco y cerrara el

portón del garaje. Dos horas después, yo estaba malherido, y él había muerto. La casa no la volvió a pisar nadie más. Permaneció cerrada durante años.

Más tarde, Violeta la convirtió en un hotel durante algún tiempo, hasta que decidió cerrarlo cuando Sofía venía en camino. Entonces nos volvimos a instalar aquí para disfrutarla como familia».

Volteo las piernas hacia la playa, apoyándolas sobre el muro, y abandono los zapatos a mi lado. Meto los pies en la arena, fría y suave, mientras me concentro en el hipnótico ir y venir de las olas.

¡Por Dios! Me pregunto cómo hemos llegado hasta aquí. Alzo la vista al cielo, buscando respuestas. Es un día apacible, sin una sola nube, y el mar parece un espejo inmenso. Vuelvo a la realidad al oír el ladrido de un perro que corre tras su dueño. Los dos pasan frente a los chicos que ya están instalando el chiringuito de cada verano.

«Justo delante de esa choza de madera. Todavía soy capaz de verla ahí. A Violeta, con diecisiete años, sentada en su toalla, con un bikini rojo y una bolsa de cerezas en las manos.

Éramos vecinos; solo nos separaban las vías del tren y dos calles de asfalto. Sin embargo, no habíamos hablado hasta ese verano. Nos veíamos cada año desde niños, cuando yo venía de vacaciones al pueblo.

—¿Alguien quiere? —dijo extendiendo la bolsa de cerezas. Los que estaban más cerca cogieron alguna. Toni y yo estábamos tumbados en nuestras toallas, apoyados en los antebrazos, justo delante de ellas.

Fui a levantar la mano, pero ella pasó de largo y se detuvo en Toni. Apenas hacía un día que habíamos hablado por primera vez, y ya estaba enfadada conmigo. Ese gesto me hizo gracia, pero no dejé de mirarla mientras comía.

—Tienen buena pinta —dije con una sonrisa tonta.

Sus ojos, pícaros, se encontraron con los míos. Pero mi sonrisa se deshizo, cuando un nudo en la garganta me cortó el aliento: verla fruncir aquellos labios carnosos, llevándose

una cereza a la boca, me encendió de una forma que no supe manejar.

—Y están muy dulces —respondió, tratando de ignorarme, aunque no pudo evitar mirarme de reojo.

Aún hoy, cuando la veo hacer ese mismo gesto, no puedo evitar recordar ese momento. Creo que nunca le he dicho lo mucho que me excitaba verla fruncir los labios cuando comía ciertas cosas. Tuve que dejar de mirarla y concentrarme durante un buen rato para poder levantarme de la toalla.

Todavía siento el cosquilleo que me recorrió cuando nos presentaron la noche anterior. Su sonrisa, al acercarse para darme dos besos, me desarmó. Su aroma, dulce como galletas recién horneadas, me invadió por completo.

Más tarde, en el concierto, no dejé de observarla. Me fijé en cómo su negra melena se mecía a cada paso que daba al alejarse hacia la barra con Toni para traer bebidas. Ese vaivén de sus caderas me hipnotizó.

Cuando volvió, fui un patoso. Al recoger mi bebida, me empapé con un cubata.

Entre sus mejillas ardiendo, la mezcla de vergüenza y desolación, y el brillo de sus ojos oscuros abiertos como platos, vi algo que no supe explicar. Un destello que pensé ilusorio, pero no lo fue. Ese brillo volvería a aparecer muchas veces más. Aunque ahora, no soy capaz de recordar cuándo dejé de verlo.

Esa noche soñé con unos ojos como un cielo negro plagado de estrellas, con su cuerpo menudo y sus caderas apretadas.

Pensé en mi hija y su pretendiente. Yo era un idiota, como todos a esa edad, y empecé mal con Violeta. En lugar de quitarle importancia a que derramara la bebida y consolarla por el disgusto, me burlé de ella intentando ser gracioso. Su actitud durante el resto de la noche me dio pistas sobre quién sería esa morena de ojos oscuros y sonrisa preciosa que olía a galletas.

Y ya nunca me la quité de la cabeza».

Acerca de la autora



Amaranda (seudónimo literario de Pilar Escapa Altarriba), nació en Lleida en 1958, pero desde 1967 reside en un pueblo del Maresme (Barcelona). En 1978 estudió Hostelería y Turismo en la Escuela Superior de San Pol de Mar. Sin embargo, uno de los trabajos ocasionales que la ocupaban desde el instituto se convirtió en su verdadera vocación: la peluquería. En 1984 inauguró su primer salón de belleza y en 2007 su primer restaurante, junto a su marido y sus dos hijos.

Los acontecimientos mundiales sufridos en 2020 y sus temas personales, le dieron el empuje necesario para ir un paso más allá en su afición por la lectura, comenzando a escribir su primera novela.

Lo que comenzó como un reto ha dado como fruto una trilogía, que será la delicia de muchos lectores.

Amaranda es ya un nuevo talento de la Literatura.